

PRÓLOGO A LA PRIMERA GUERRA CIVIL DE ESPAÑA

José María Pemán

He aquí un libro que concede más de lo que ofrece: o, por lo menos, más de lo que hubiera bastado para responder a su tema y ser en cualquier caso un ensayo interesantísimo de aclaración histórica de uno de los más esquivados y deformados episodios españoles de la época moderna. Bastaría al mérito del libro y a la fama de su autor que estas páginas fueran, como lo son muy cumplidamente, la demostración palmaria de que en el período que va desde la sublevación de Riego y la reinstauración de las Constituciones de Cádiz, hasta la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis, España no vivió en pacífico acatamiento del recompuesto sistema liberal, ni siquiera en inquietud de intentos o revueltas, sino en una verdadera «guerra civil» que, sobre todo por tierras de Cataluña y de Navarra, anticipaba las venideras guerras carlistas y, en cierto amplio sentido, nuestra guerra civil de 1936, así como continuaba la enjundia más honda de la guerra de la Independencia y de las guerras religiosas del siglo XVI y XVII. Esta nueva visión de aquel momento histórico aparece en este libro con una diafanidad novísima al disiparse las brumas de intencionada parcialidad con que trató de eludir estas realidades la historia oficialista liberal de nuestro siglo pasado, interesada en que no se percibiera esa continuidad histórica de nuestras guerras que tanto aclara el sentido y definición de España y la realidad providencial de su quehacer histórico. Era conveniente reducir a inquietud de motín o anecdótico de conspiraciones cuarteleras ese período histórico, para que así, continuando la reducción de escala y volumen, la entrada de los Hijos de San Luis pudiera ser interpretada como injustificada intervención extranjera y las guerras carlistas como fanáticas rebeldías de grupos contra la mansa instauración general de España en la vida constitucional y progresiva.

Al revelar estas páginas de modo contundente que no fue así, no sólo se aclara científica y objetivamente una verdad histórica, sino que, dentro del mismo sentido y expresividad que las últimas corrientes vitalistas y existenciales han dado a la Historia, esa verdad adquiere insospechadas anchuras de revelación interesantísima para conocer el auténtico «hombre español» y correlativamente la verdadera España, sobre él formada y sobre él sostenida. La Historia se ha acercado cada vez más a la Filosofía, al reintegrarse la atención del pensador hacia la «vida» como valor fundamental, y entenderse que la vida es algo que en la Historia se realiza. En este sentido, todo lo que pierden en quebradiza dureza los abstractos conceptos del Ser o del Hombre, lo gana en densidad expresiva «cada hombre». Así el hombre español es un ser que se ha perfilado y definido claramente al realizarse en la Historia. En el Siglo de Oro se define a sí mismo como defensor de una dogmática católica que informa toda su vida social y es defendida por él a sangre y fuego por el mundo. Todavía en la guerra de Sucesión, a principios del XVIII, es la definición católica la que da a la guerra sentido definitivo; pues es el carácter herético de los ingleses aliados del Archiduque el máximo valor polémico que se esgrime en la contienda, que se vence a favor del pariente del Rey Cristiano, Felipe V, cuando éste, entendiéndose del todo al pueblo que pretende, da aquellas proclamas de enjundioso estilo militante de Cruzada y Lucha religiosas. Más tarde, cuando la revolución religiosa que España combatió en el siglo XVI y el XVII, decanta en consecuencias políticas, España rechaza el nuevo esquema constitucional, derivado de principios naturalistas, en la guerra del Rosellón, primero, en 1793; luego en la guerra de la Independencia, estremecida de inspiraciones teológico-políticas; luego, en la guerra realista o de la Constitución que se historia en este libro y, finalmente, en las guerras carlistas. De estas guerras acaso ninguna tan expresivamente ideológica como ésta que se aclara en estas páginas y que seguramente por eso ha querido ser esquivada como ninguna otra por la intervención liberal de la Historia. En el período entre Riego y Angulema, no hay motivo bélico de invasión extranjera, como antes en

la Independencia; ni de pleito dinástico, como después en el Carlismo. Y, sin embargo, la guerra existe, no cesa un solo día. Los españoles pelean entre sí su secular pleito religioso, ya convertido en político e introducido en nuestra Patria. El mismo pleito que decantará luego en consecuencias sociales y dará lugar, a vida o muerte, a la guerra civil de 1936.

Con este enfoque histórico, absolutamente científico, las cosas se agrandan de medida, y las anécdotas de rebeldías y militaradas a que era tan aficionada la historia liberal, quedan superadas por un profundo esquema en el que vemos vivir a España, con tremenda lógica, un permanente destino providencial. Si se quiere llamar a estas realidades profundísimas, hoy y ayer, «guerra civil», llámense así, con la conciencia de que ese fenómeno histórico es el modo constante que los pueblos todos tienen de constituirse y de rechazar biológicamente los anti-cuerpos que impiden su salud. Con una guerra de Norte contra Sur, constituyen los Estados Unidos su vida actual; sobre tres guerras civiles –Albigenses, Fronda y Liga– cimentó Francia su sentido unitario; de una guerra civil –guerra de barones y de rosas– saca Inglaterra su permanente constitución monárquica. Los españoles han hecho algo más que pelearse secularmente entre sí por vidriosa y natural inquietud. Han defendido constante y luminosamente un sentido religioso del mundo y han rechazado los sucesivos esquemas políticos y sociales que se derivaban de principios contrarios. La prueba es que Roma, verbo de la Verdad para nuestra misión católica de la vida, ha venido subrayando siempre, con su luz, las geniales anticipaciones de esta lógica de hierro que ha regido a España. Trento le dio toda la razón a nuestras concepciones íntegras, superadoras de todas las acomodaciones erasmianas o renacentistas. El *Syllabus* le dio la razón a nuestras guerras anti-liberales del XIX. La reciente condenación pontificia del Comunismo le dio la razón a nuestra rebeldía de 1936.

Y detrás de Roma es el mundo todo el que nos da inconsciente razón, constituida a veces por tremendas pruebas *ad absurdum*. Frente a la revolución materialista amenazante, el mundo no dispone más que de unas ideas confusas y un vocabulario evasivo e intercambiable, en el

que nadie coloca una convicción honda ni una veneración trascendente. Se intentó, hasta hace varios años, construir el mundo sobre un esquema racional positivista: desde los principios de Robespierre para los pueblos, hasta los puntos de Wilson para la humanidad, todos fueron esquemas matemáticos y frialdades lógicas para organizar la vida. Pero la vida ha rebotado de esos vasos. Y ahora no son los ortodoxos y reaccionarios los que han apuñalado la razón: son ellos, los ateos y naturistas, que se han encontrado con una palmaria y trágica realidad existencial que desborda todos sus esquemas constitucionales.

Que en este momento, España, poseedora de un ideario teológico-político y social, no creado por mero capricho doctrinal, sino nacido mansamente de esa realidad viva y caliente que ahora tanto se busca y que nunca es tan caliente ni tan viva como cuando está transida de fe, no deserte de su puesto y de su destino providencial. Que no desfigure un tesoro defendido con tantas guerras y desgarramientos interiores, certificado y reafirmado por tantas ratificaciones romanas. Es un tesoro secular, pero está, en gran parte, inédito en su última eficacia y realización.

Todo esto y mucho más se desprende de este libro que aparenta historiar escueta y científicamente unos cuantos años de nuestro siglo XIX. Porque en él se ve que los realistas de Navarra y Cataluña, continuando a los tercios, a los conquistadores y a los guerrilleros de la independencia, y antecediendo a las partidas del Carlismo y de la Gran Cruzada, peleaban por mantener intacta, limpia y prevenida una idea que el mundo va a necesitar: que está necesitando ya con urgencias de vida y salvación.